

En homenaje a la memoria de Gregorio Ordóñez

ANOETA. SAN SEBASTIÁN, 4 DE FEBRERO DE 1995

Queridos compañeras y compañeros, queridos amigos:

Diez días después de enterrar el cuerpo sin vida de Gregorio Ordóñez en el cementerio de Pollos, miles de nosotros, seamos o no del Partido Popular, que eso hoy no importa, nos vemos otra vez aquí, en San Sebastián. Al lado de los nuestros. De nuestros compañeros vascos. De nuestros compañeros donostiarras. Nunca les ha faltado nuestro apoyo, pero hoy tienen que sentirse especialmente respaldados por sus amigos de toda España, y de cuantos nos honran con su presencia, guiados nada más que por su buena voluntad.

No vamos a ocultar ahora, ni vamos a olvidar nunca, la emoción contenida de esa tarde de angustia y de adiós del pasado día 24, cuando el féretro de nuestro amigo y compañero asesinado salía del Ayuntamiento, su casa mayor, envuelto en los colores azul y blanco de su ciudad, por la que tanto luchó y a la que acabó por entregar su vida. No vamos a olvidar la intensidad de aquel momento, la música de los *txistularis* ante los jardines de Alderdi-Eder ni la visión empañada por las lágrimas, de la Bahía de la Concha.

Diez días después nos hemos vuelto a reunir en Donostia, libre, serena, pacíficamente, para demostrar que somos una fuerza tranquila y popular. Que seguimos dispuestos a responsabilizarnos del voto que San Sebastián quiera otorgarnos en las urnas.

Ahora estamos de nuevo para agradecer el calor recibido a la multitud de gentes diferentes que salió a la calle, sin convocatoria partidista alguna, para hacer público e inequívoco su rechazo a la muerte de un hombre como ellos, que, además, porque así lo quiso, sin tener que pedir permiso a nadie, era un vasco del Partido Popular.

Muchas gracias a todos por la asistencia masiva, libre y espontánea, a la capilla ardiente, primero, a la concentración en Alderdi-Eder y a la manifestación, después; y a todos vosotros, mis queridos compañeros del Partido Popular que, ni por un momento, habéis dejado la llamada al teléfono, la carta urgente, la visita emocionada, el abrazo dado sin ninguna condición a los vuestros de San Sebastián, y a quienes habéis elegido para estar al frente de este partido.

La inmensa mayoría —casi todas las fuerzas políticas vascas, casi todo el mundo que trabaja por este país— ha expresado la desazón, el horror, la solidaridad, que ha desatado en ella el gesto homicida de los violentos.

Muchos nacionalistas han manifestado dolor humano y su indignación pública, sin abdicar un ápice de sus convicciones políticas. Porque estamos de acuerdo en el supremo valor de la vida. Porque las libertades colectivas tienen que respetar los derechos humanos más elementales, si es que se quiere —de verdad— la libertad para la inmensa mayoría.

A cuantos piensan de este modo, yo les ratifico hoy nuestro leal respeto político y la voluntad de preservar el diálogo democrático, hoy al igual que ayer.

Ojalá que, a partir de mañana, lo mismo se pueda oír entre quienes militando en la izquierda *abertzale* han comenzado por rechazar estos actos dementes y sangrientos.

Muchas gracias por declarar que el asesinato coloca a todos los demócratas en el mismo bando. Gracias infinitas.

al amigo, rival y adversario, que ha dicho: "Gregorio era también uno de los nuestros".

Y, por fin, mi saludo en nombre de todos cuantos allí estuvimos, mi sincero saludo al pastor de todos los donostiaras, sin distinción de ideas ni discriminación por cualquier otra causa, que se acercó a rezar por el alma inmortal de Gregorio Ordóñez.

Nos hemos vuelto a congregar en Donostia para que nadie, absolutamente nadie, pueda pensar que en la vida del Partido Popular hay un paso atrás, un antes y un después, una vuelta a la catacumba.

Somos las mismas gentes y estamos en la misma ciudad. Nos falta dolorosa e irremisiblemente uno de nuestro mejores peones; tenía sólo 36 años. Conviene que reparemos en su edad. Conviene que reparemos en la generación a que pertenecía. A la generación a que pertenecemos los actuales dirigentes del Partido Popular.

Una generación de vocaciones políticas, rotundamente dispuestas a no tolerar la violencia que atrapa el futuro de los pueblos en un círculo infernal, donde siempre acaban por desaparecer los mejores.

Por decirlo en boca de Celaya:

Ni vivimos del pasado,
ni damos cuerda al recuerdo.
Somos, turbia y fresca un agua
que atropella sus comienzos.

¿Qué atadura vamos a tener con el pasado?

¿Qué atadura tenía con el pasado un Gregorio Ordóñez que acababa de salir del colegio en 1975?

Nos falta uno de nuestros mejores. Por su ejemplo cívico, su trabajo infatigable, su sencillez de vida, su coraje ante la adversidad, vengo a confirmar en San Sebastián que Gregorio Ordóñez pasará a ser conducta colectiva de todo el Partido Popular. Ese será el respeto que debemos a su memoria y esa será nuestra mejor aportación al conjunto de las fuerzas democráticas vascas.

Con la serenidad que ha marcado estos dolorosos días en la vida del Partido, con la misma serenidad, seguimos diez días después de su asesinato, el trabajo cotidiano. Y buena prueba de esa normalidad es la obligada rapidez en tomar la tan dolorosa decisión de la sustitución de Gregorio Ordóñez.

No venimos aquí a exhibir nuestro ejemplo. Tomamos ejemplo de lo que fue la conducta diaria de Gregorio Ordóñez. Estamos aquí días después para mostrar, una vez más, nuestra unión con esta tierra. Nuestro amor por esta ciudad. Donostia no ha sido nunca ciudad inquisitorial, pueblo intolerante ni fanático.

Aunque nos entristezca la belleza inalterada de tantos y tantos rincones y avenidas que nunca sabrán que uno de sus principales defensores se ha ido para siempre.

Las gentes del Partido Popular reivindicamos nuestro lugar en la hermosa Donosti y manifestamos, hoy, aquí en Anoeta, nuestra intención —que es nuestro derecho— a vivir, andar y hablar libremente por la tierra vasca.

Retornaremos a la calle más antigua de la Parte Vieja, donde tantas veces Gregorio fue feliz. Nos pasaremos, adelante, libre y cabalmente por San Sebastián, que no es coto vedado a nadie, que es de todos los donostiarras, de todos los vascos.

Y volveremos a brindar y, “dejaremos siempre —como ha escrito Fernando Savater— el remanente de un par de rondas para las manos ausentes que nos las soliciten en la memoria, para los labios queridos que no van a probarlas”.

¿Quién se atreverá a tachar de insuficientes en número, inválidos en su condición de vascuences, los votos que sostienen al Partido Popular? Este partido igual que las otras fuerzas políticas no violentas, es un partido vasco, democrático y popular. Sus votos lo ratifican a las claras, hoy como ayer y como mañana.

A lo largo de toda la historia de triunfos y derrotas sufridas en este suelo, de opresiones y resistencias heroicas, de persecuciones y exilios lejos de la patria, ha habido una idea integradora hacia la personalidad colectiva de Euskal-

herría, en una España limpia y plural que trasciende los límites de un concreto partido.

Esta realidad es muy superior, en fuerza democrática y razón a las voces de las armas. Esta idea que desea una España esencialmente plural, no ha hecho más que reanudar su andadura en la Constitución del 78 y en vuestro Estatuto.

La ley de los vascos y la ley común son las dos orillas de un camino ancho, donde caben todos. El andar sólo por una de sus orillas, nos pone en riesgo de tropezar y caer a la cuneta, de dejar a muchos hombres de esta tierra fuera de la senda por la que transitan llenos de buena voluntad.

Sobre todo esto, la sincera buena voluntad del vasco Ordóñez, apartada con un manotazo cruel... Porque al terminar con este vasco irreductible se ofende la dignidad colectiva de todos los vascos. Al soltar de nuevo el hacha sobre una raíz del árbol común vasco, quedan amenazados el conjunto entero de los derechos políticos vascos, reclamados para sí con un arma en la mano por alguien que se cree el nuevo amo de Euskalherria.

Alguien con un arma en la mano actúa como el amo de Euskalherria, el amo y señor de los vascos. No es la soberanía democrática, no es la historia en común, sino una banda asustada ante el futuro porque no quiere reconocer la realidad.

Nunca será la muerte quien se adueñe de Euskalherria. Nadie, tampoco, vivirá como un topo. Vuestros mayores lo sabían bien. Parece mentira que estos amigos del "¡viva la muerte!" lo hayan olvidado.

No se puede acabar con las ideas, no se puede aplastar a nadie, repetir las injurias del pasado, la inhumanidad de la opresión. Os equivocáis de blanco, vuestra intolerancia es vuestro enemigo. Habéis convertido vuestra rebelión en una farsa, vuestra revolución en un saqueo de extorsiones.

Si pudieran, sacarían a la calle el ejército que no tienen, los tanques que no pueden. Les domina la terrible rabia impotente de quienes han perdido la razón, pero se aferran a la pistola.

Un escritor, José María Mendiola, cuenta que antes de hacer el Paraíso, Dios encargó una maqueta. Cuando la

maqueta estuvo terminada, el Señor la aprobó y las obras del Paraíso se pusieron en marcha, y se terminaron. Más tarde, los ángeles le preguntaron al Señor qué debían hacer con la maqueta que ya había cumplido su función de servir de modelo para crear el Paraíso. Y Dios ordenó: “Podéis colocarla en algún lugar del mar Cantábrico”. Aquel lugar era San Sebastián. Así nació la ciudad.

Esa maqueta ha perdido ya demasiados espectadores de su belleza perfecta, demasiados hombres y mujeres que sin causa justificada alguna han sido obligados a dejarla por la fuerza.

Nosotros también rechazamos y condenamos cada una de las muertes que ha sufrido este país. Nosotros recusamos cualquier clase de tortura infligida en nombre o a causa de esta tierra. Os animo, más que nunca, a formar parte activa de la conciencia moral que se manifiesta en este país de los vascos.

Ese tiro descerrajado contra Gregorio les va a salir por la culata. Lejos de ponernos nerviosos y dar rienda suelta a una justa indignación. Lejos de consentir, ni ahora ni nunca, en la tentación de tomarse la justicia por la mano, vamos a llevar nuestra pasión de amigos y compañeros suyos por el mismo camino que él había elegido, libremente elegido.

El partido de Gregorio Ordóñez no es una minoría extraña a la identidad del pueblo vasco, ni a sus aspiraciones de futuro, sino una multitud que coincide plenamente con ella y que está hecho de ella.

Porque Gregorio Ordóñez ha sabido encarnar ante sus paisanos lo que muchos esperaban, justamente de un dirigente político. Porque entendía y servía, como aspiramos a entender y servir, las necesidades de la gente, amante de su tierra, amante de la paz, que se esfuerza por trabajar día a día y salir adelante.

Ha llegado el momento de hablar. Sólo de hablar y nada más que de hablar, ejerciendo el derecho a expresarnos libremente y sin miedo.

Muchas gracias.